

# ¿Quién teme a Martin Heidegger?

El director de la revista Cuadernos Hispanoamericanos (de donde extractamos este formidable ensayo), Blas Matamoro, nos pinta una semblanza aguda y reveladora de Martin Heidegger, ese Maestro de Alemania, como lo llama uno de sus más recientes biógrafos: Rudiger Safranski. Causas, efectos y sobre todo consecuencias imbricadas en el pensamiento heideggeriano, una de las filosofías más importantes del siglo XX.

## Tercera y última parte

Gadamer expone con diáfanidad y orden las propuestas que Heidegger ha ido formulando con su peculiar oscuridad, farfolla y tendencia al delirio prosódico. A la vez, se va preguntando, cuando puede, a través de las fisuras que ostenta el pensamiento heideggeriano. Estas cosas y estas palabras que existen sin que nadie las reconozca ni pronuncie. La destrucción del concepto de conciencia a favor de la restauración de la pregunta por el ser, imponen ciertas perplejidades. ¿nadie es consciente de la pregunta... no constituye toda pregunta una conciencia interrogante? ¿No es toda conciencia, conciencia de algo hasta ser conciencia pura, conciencia de sí misma? El mero asombro es ya una comparación, dice un poeta meditativo como pocos, ese Rilke con el cual se ha relacionado a Heidegger sobradas veces.

Ciertamente, la embesitada de Heidegger contra la metafísica es fuerte pero ¿en nombre de qué. ¿Hay algo más metafísico que el ser heideggeriano, pleno de sentido y desprovisto de significado, ajeno a la experiencia de cualquier ente inconfundible con él? Gadamer prefiere pensar que Heidegger no intenta arramblar con la metafísica sino superarla, no dejarla atrás sino encararse con ella. De algún modo, el duelo entre el ser, sólo su alma, y la pareja que forman el sujeto y la conciencia.

Lo mismo ocurre con la crítica heideggeriana a la técnica, que Gadamer intenta desvincular de cualquier romanticismo. Más bien se trata de investigar el ser de la técnica, desdeñando la dictadura, no ya de la técnica como señorío del hombre sobre la naturaleza, sino la dictadura de las tecnologías regionales, la tecnocracia que invade el mundo de objetos abandonados en manos de unos sujetos anónimos e indiscriminados que ignoran el uso a que están siendo sometidos. Más ampliamente, es una crítica de picante actualidad que, a partir de Heidegger, cabe dirigir a nuestro mundo posmoderno: la pérdida del patetismo, una fe incondicional en la ciencia (sea la del marxismo ateo o la del capitalismo salvaje) que obliga al pensador a preguntarse si todavía tiene la filosofía derecho a existir. La sustitución de las religiones por el fetichismo del objeto eficaz y el enmascaramiento de los aspectos trágicos de la vida por el espectáculo de la vida, bloquean el espacio donde siempre prosperó del pathos enervan el saber.

Gadamer no se aparta de su situación discipular respecto a Heidegger pero tampoco se inhibe de ir marcando las indispensables distancias, las esenciales disidencias. Para él, para el alumno, la filosofía es el diálogo del alma consigo misma, conforme el dictamen de Platón, pensar es dialogar siquiera entre sujetos virtuales. En cambio, nada hay menos dialógico, más monológico, que el discurso heideggeriano. A veces, parece que Heidegger no escucha sólo a los demás sino que ni siquiera a sí mismo, en una suerte de sordo envaseamiento amniótico del ser, por decirlo a su manera. Dialogar no es sólo decir al otro, es escucharlo en cualquier lengua que se formule, más allá de la alemana y la griega que, para Heidegger, son las únicas capaces de filosofar. El alumno prefiere pensar, a cambio, de un diálogo universal y esencialmente babélico. No hay mismidad sin otredad. Sin ésta, aquélla ni siquiera puede ensimismarse. Igualmente con lo uno y lo múltiple, el ser y la apariencia, siendo ésta el ser aparente y no la ausencia de ser. Baste pensar que el alemán que Heidegger hablaba y en el cual escribía es un invento de Lutero, que germanizó el sistema de sufijos y prefijos del latín, con lo que nuestro teutón está produciéndose latínamente sin saberlo.

Gadamer elige pensar que el ser lo es de la especie humana, en cuyo caso no carece de sujeto, sino todo lo

contrario, es un macrosujeto que actúa como meta deseable de todos los entes. El ser-con heideggeriano es ser con los demás, con los prójimos, con los semejantes, ser en sociedad, ser reconocido (y vuelta a Hegel, siempre tan volvedor). Por otra parte, ¿qué es la insistencia del ser en olvidarse de sí mismo sino el conatus de Spinoza, el querer ser para siempre en una suerte de proliferación infinita?

Cuando Heidegger se propone como crítico de lo moderno, se está incluyendo en la historia, o sea en lo que él demuestra como olvido del ser. Tímido y comedido, se lo indica Gadamer. La decisión fantástica de volver al origen siempre la toma un ente, es decir que siempre es una decisión histórica. Buscar la unidad anterior al lenguaje, el dualismo fetal de los psicoanalistas o sentimiento oceánico, es dirigirse a un lugar que carece de dónde porque no se puede nombrar. Dicho de otra manera: no hay discurso del origen y sin discurso, no hay filosofía. Si existe un pensamiento averbal, es mágico. Aun cuando Gadamer intenta justificar el famoso El welter (ello mundeá, podría ser una neológica traducción) de su maestro como elocución sin sujeto ni conciencia, se lleva por delante, al menos, a dos sujetos: el impersonal del alemán y el indeterminado del lector, tan esencial en la filosofía gadameriana. Dos sujetos que se reconocen en la misma palabra, o sea que están señalando la duplicación característica de la conciencia.

Heidegger tuvo subjetividad, discurso, historia. Es su peor momento, creyó que el retorno al origen y la unidad entre ser, fundamento y palabra se daban en el nazismo de Hitler. Gadamer opina que fue un fugaz error político. Bourdieu y, modestamente, quien suscribe, creemos que no, que Heidegger, más allá del nazismo concreto, fue siempre nacional-socialista y que creció en esta ideología como la única válida ante lo que llamaba pensamiento planetario y sumisión del hombre a las tecnologías, lo que suele demostrarse hoy como globalización. Esta opción no agota su obra, desde luego, que es mucho más rica que su autor, como suele ocurrir, pero tampoco la saca de la historia para llevarla al engañoso mundo del ser sin devenir. Por momentos, y la sutileza que le es propia y la reverencia que el maestro le merece, el discípulo sospecha que Heidegger fue un ecléctico y que su difícil nomenclatura enmascara el desfile de tópicos que constituyen la herencia y el balance del pensamiento occidental en el siglo XX.

Antes que él, otro cercano contradictor de Heidegger había esbozado similares sospechas. Me refiero a Karl Jaspers, A parte de la proximidad generacional, coincidían en alejarse de la enseñanza oficial de la filosofía en Alemania, tarea inútil y vana. Jaspers nunca la cursó, dedicándose a la carrera médica y, más especialmente, a la psiquiatría. Por otra parte, toda creación verdadera es, en variable medida, autodidáctica y silvestre.

En sus apuntes sobre Heidegger, el colega va deslizando sus punzantes objeciones. No le parece mal la figura del ser que degenera desde el origen, en la deriva de la historia, sino el sesgo unilateral y absoluto que Heidegger da al fenómeno, lo mismo que en relación con el tiempo. El olvido del ser semeja la Caída de las religiones judeocristianas pero ¿desde dónde la piensa Heidegger? ¿Desde el pensamiento débil de la poesía, de la palabra que no tiene otro fundamento que la palabra misma, o desde el pensamiento fuerte de la teología, asentada sobre las admoniciones divinas y las inspiración? La respuesta de Heidegger es oscura y ambigua pero, según concluye Jaspers, no por razones de profundidad sino de indecisión. A veces la figura es de Nietzsche. Las aguas sucias y revueltas imitan la hondura.

Ciertamente, hay una existencia pero no sabemos dónde se produce la comunicación de la existencia para que sean, todas ellas, una misma existencia. La propuesta heideggeriana desagua, de esta forma, en una suerte de solipsismo sin Dios y sin mundo. El impulso que mueve al ser hacia los entes es tan intenso como abstracto y vacío.

Una radicalidad parecida halla Jaspers en la crítica a Heidegger a la tradición filosófica occidental. No es una crítica porque no

involucra lo que crítica, sino un cuestionamiento, porque prescindir de él. Heidegger cuestiona la filosofía desde la gnosis y su nihilismo leído en clave de ateísmo se convierte en el antihumanismo del Ser. En todos estos incisivos aflora el peligro del radicalismo intelectual: si todo lo objetivo es falso ¿qué contenido objetivo tiene el decirlo?

Quizás el pensamiento radical sintomatiza un temor: no atreverse a salir de sí mismo. Ser tierra cerrada y circular, y no mundo abierto y de múltiples direcciones, por usar una figura heideggeriana. El hechicero de la Selva Negra tenía el paso vacilante y se apoyaba en los pasamanos del lenguaje para cumplir sus ensimismados paseos. Sus infinitas preguntas y su interrogación absoluta acaban ignorando el lugar desde donde se formulan, lo primigenio y verdadero, siendo capaz de iluminarse a sí misma. Como un filósofo. Y Heidegger era más un mago que un filósofo, aunque se proclamara poeta y filólogo. Como todo mago, ambicioso y dotado de una fuerte voluntad de poder. Hipnótico, seductor, terrorista, como todo mago.

Su empresa radical, la de liberar al hombre para que sea lo que ya es, se toca fácilmente con los titánicos proyectos políticos de su tiempo, la creación del Hombre Nuevo, el homúnculo de las revoluciones de Lenin y Hitler. Sin caer en torpes reduccionismos, se puede advertir, sin embargo, que la adhesión de Heidegger al régimen nazi no fue un accidente ni una eventualidad pasajera, como pretende el suave Gadamer. Antes que Hitler, el mago ya era un Führer, un dogmático conductor que exigía obediencia incondicional. Ciego a lo concreto de las ciencias particulares, tenía el sesgo absolutista de un guerrero que se esfuerza por conservar adherida al cuerpo la armadura que se resquebraja. En la intimidad rechazó el nazismo, como Jung y tal vez Klages, pero todos cayeron en una hipócrita sinceridad, como si nada tuvieran que ver con campos de concentración y matanzas de rehenes. Un lenguaje adecuado para lo absoluto e impropio del presente concreto puede llevar al fanatismo, que es la pasión por lo abstracto (de nuevo, el inevitable y certero Hegel).

La relación Jaspers-Heidegger es sintomática, tanto como la del mago y Gadamer, y nada digamos de la paralela con Hannah Arendt, estudiada cumplidamente por Elzbieta Eittinger. Los dos pensadores se escribieron durante décadas, pero a veces los huecos epistolares llegan a los seis años. Jaspers, por su parte, redacta meditadas cartas en 1942 y 1948, que no llega a enviar. Tampoco fue remitida la última, escrita en 1963 bajo el lema nietzscheano clásico: «Honro a quien ataco». Sospecho que la capacidad de inhibir por el terror que tenía Heidegger surtió su efecto. La comunicación se había roto tras muchos momentos de intensa tarea en común, a pesar de que Heidegger menospreciaba a Jaspers y éste sufría tratando de descifrar al otro. A Jaspers le molestó, especialmente, que el interlocutor dijera haber pasado a la oposición a Hitler ya en 1934.

Las disidencias eran honduras y antiguas. Jaspers recogía la propuesta de Platón: no hay filosofía fuera de la Ciudad, no hay pensamiento que no sea, de alguna manera, político porque —ahora cabe invocar a Kant— el objeto de la filosofía no es el saber sino la libertad, de la cual es un instrumento. Heidegger, en cambio, se remontaba a los presocráticos y reiteraba el proyecto de la Alemania luterana: esperar el Adviento, rezar con los demás pero no hablar con ellos. Ambos tenían un carácter epigónico y se sabían tales. No eran creadores como, en su siglo, lo son Bergson, Husserl o Wittgenstein. Jaspers lo admitió y Heidegger lo ocultó. En este juego de desvelamiento y disimulación también encontramos al mencionado siglo, nos encontramos todos.

FIN